

Los compradores en el mercado de Tenochtitlan

José Luis de ROJAS Y GUTIÉRREZ DE GANDARILLA
(*Universidad Complutense de Madrid*)

La visita que Hernán Cortés hizo al mercado de Tlatelolco en su primera estancia en Tenochtitlan le impresionó de tal forma que nos ha legado una minuciosa descripción de él. También Bernal Díaz del Castillo, que estuvo presente en la misma ocasión, quedó asombrado por la riqueza y volumen de lo que allí se trataba, que era tanto que

«el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua» (Bernal Díaz, 1975: 193).

El ordenamiento del mercado fue recogido por numerosos autores, que incluyen una minuciosa descripción de los productos que se vendían (Conquistador anónimo: 1971: 394; Sahagún, libro VIII, capítulo XIX, 1975: 475-476; Cervantes de Salazar, 1971, I: 329-330; Hernández, 1964: 80; Torquemada, 1969, II: 558; Clavijero, 1976: 527).

Algunos de ellos se atreven a aventurar una cifra de personas que acudían a este mercado. El espectro varía desde los 30.000 (Cervantes de Salazar, 1971, I: 280) hasta los 80.000 (Zuazo, 1971: 360), pasando por los 60.000 de Cortés (1970: 62).

De cualquier forma, todos coinciden en que el volumen de personas que acudía diariamente al mercado era muy elevado, y nosotros vamos a tratar de obtener una imagen de quiénes eran estas personas.

En el presente trabajo nos ocuparemos especialmente de aquellos que hemos denominado compradores, quienes debían representar el número más elevado. De los vendedores y otras personas relacionadas con el mercado ya nos hemos ocupado en otro lugar (Rojas, 1981, capítulo III).

Para poder llevar a cabo nuestro propósito tenemos que realizar un somero análisis de la situación de Tenochtitlan, y, sobre todo, de la composición y recursos de su población, dado que las noticias directas sobre compras realizadas en el mercado son muy escasas.

LA SITUACION DE TENOCHTITLAN

Los estudios sobre la organización económica azteca se centran en la agricultura como la rama más importante de la producción. Carrasco (1978: 24) señala que los medios fundamentales de producción son la tierra y el trabajo, ambos controlados por el mecanismo político, pero parece dejar de lado el carácter de trabajo del comercio y su sujeción al control político.

Palerm (1972: 16) afirmaba que la ciudad sólo puede surgir con una economía suficientemente productiva, capaz de mantener una población concentrada, estable y especializada en tareas no agrícolas. Más adelante (1972: 66-67) coloca entre los rasgos que posibilitan el urbanismo, el comercio y la manufactura, siendo ésta consecuencia de aquél.

Hicks (1976: 68) afirma que no había salarios monetarios y que los servicios se pagaban con tierras o, cuando no era posible, con alojamiento y comida. Los nobles recibían tierras, y de ellas obtenían el sustento.

El panorama tradicional de la sociedad azteca nos muestra cómo los nobles vivían del tributo que les pagaban sus renteros, y de las donaciones del tlatoani, y que los macehuales cultivaban la tierra, la cual les proporcionaba el sustento, más un plusproducto que les permitía cumplir sus obligaciones sociales.

Pensamos que esa situación debe ser correcta para aquellos lugares en que se disponía de tierra de cultivo, pero que Tenochtitlan constituye un caso aparte en la organización mexicana.

Es evidente que depende de la productividad de la agricultura de las regiones que le suministran los alimentos, bien por tributo, bien por comercio, pero lo que nos preocupa es la forma en que subsiste la población urbana, de la que sólo entre el 5 y el 14 por 100 era noble (Hicks, 1974: 247), por lo que entre un 86 y un 95 por 100 debía trabajar para obtener el sustento diario.

La gran afluencia de tributos que llegaba a Tenochtitlan no parece haber remediado la situación de la masa de población. Calnek (1978: 100-101) opina que los tributos y la renta de la tierra se empleaban para mantener a la nobleza hereditaria, a un ejército profesional y a un número extremadamente grande de personal administrativo. Señala que la distribución de alimentos a la población en general se

realizaba como un evento especial en la fiesta de Huey Tecuilhuitl.

Los tributos podían canalizarse hacia el mercado si, como señala Brumfiel (1980: 466), los productos que no eran alimentos eran usados por los nobles para adquirir éstos en el mercado.

Berdan (1978: 89-90) sostiene que el desarrollo del tributo se produjo como un complemento a la actividad comercial, cuando la demanda urbana se hizo tan fuerte que descompensó la balanza comercial, pues las provincias presentaban una menor demanda; por ello fue necesario someterlas: era el único medio de obligarlas a producir más. Esta visión coincide en parte con el esquema de Brumfiel (1980: 466):

«The population of the Triple Alliance capitals increased as larger bureaucratic staffs were needed to administer a growing empire, as greater numbers of conquered rulers were required to take up residence in the capitals, and as more craftsmen and domestic found employment in the service of the elite population. In other words, commercial intensification was a result of urban growth, and urban growth occurred because of the expansion of the Triple Alliance sphere of conquest.»

(La población de las capitales de la Triple Alianza creció cuando se necesitó una gran plantilla de burócratas para administrar un imperio en expansión, cuando gran cantidad de gobernantes conquistados tuvieron que establecer su residencia en las capitales, y cuando más artesanos y empleados domésticos encontraron trabajo en el servicio de la élite. En otras palabras, la intensificación del comercio fue un resultado del crecimiento urbano, y el crecimiento urbano ocurrió por la expansión de la esfera de conquista de la Triple Alianza.)

Ahora bien, en la ciudad no disponían de tierras para cultivar, y cuanto mayor era el desarrollo menor era la disponibilidad de tierra. Un autor como Molins Fabrega se anticipó al estudio de este problema. Molins (1954-55: 328) reconocía la existencia de calpultin en Tenochtitlan, y que éstos poseían tierras, pero en cantidad inferior a la necesaria. Y añade (1954-55: 329):

«... debió existir en Tenochtitlan una parte considerable de población dedicada a profesiones de tiempo completo, sin negar la posibilidad de que una gran parte de ellos dispusiera de lotes de tierra más o menos importantes para el cultivo de productos de consumo inmediato, pero en manera alguna autosuficientes en toda la extensión de la palabra, como pudieran serlo y debían serlo la mayoría de los campesinos de regiones no urbanizadas del Valle. Toda esta población, que debió ser importante, necesitaría vivir de lo que aportaban los tributos al señor principal:

Para ellos la forma de adquirir lo necesario debía ser el cobro por su trabajo o por comercio.»

Los principales estudios sobre la tierra de cultivo en la ciudad han sido realizados por Edward Calnek, quien señala dos tipos residenciales: uno con chinampas y otro sin ellas (Calnek, 1974: 16-18). El tamaño de las parcelas oscila entre 4 y 1.377 metros cuadrados, no llegando el promedio a los 500 metros cuadrados (Calnek, 1974: 47). Por su parte, las casas tenían un promedio de 30-40 metros cuadrados, con un mínimo de 10 (Calnek, 1974: 30).

Sus análisis le llevan a la conclusión de que las chinampas sólo proporcionaban el 5,15 por 100 de las necesidades de una familia de tamaño medio (Calnek, 1972: 114), y concluye diciendo que:

«Tanto las fuentes de archivos como las históricas indican claramente que los ciudadanos ordinarios, siempre que no disfrutaran del *status* de élites, no cultivaban la tierra ni la poseían en una escala significativa» (1975: 47).

Un cronista como Durán señala explícitamente el hecho de la carencia de tierra. Narra cómo muchos ciudadanos emigraron de Tenochtitlan durante la sequía de 1451-1454, y cómo, cuando ésta finalizó, no quisieron regresar:

«... temiendo otro semejante suceso y sabiendo que la provincia mexicana carecía de tierra para sembrar y que todo el bastimento les había de venir de fuera...» (Durán, 1967, II, cap. XXX: 244).

Otro ejemplo de la misma realidad nos lo proporciona la conquista de Tlatelolco, en la que se recompensó a los guerreros repartiéndoles el mercado, pues no había tierras con que premiarlos (Durán, 1967, II: 264).

Al no existir autosuficiencia en la ciudad, las necesidades de las familias podían ser satisfechas:

«... sólo si se empleaban mecanismos mercantiles relativamente impersonales como medio principal de combinar bienes y servicios producidos por numerosas ocupaciones especializadas» (Calnek, 1978: 104-105).

Apoya Calnek sus aseveraciones en diversos informes que testifican la poca rentabilidad de la tierra, los ingresos de un oficio como medio de vida y la compra de alimento en el mercado (1974: 48). Brumfiel señala como actividad fundamental del mercado el suministro de alimentos a la población urbana (1980: 460).

Así pues, los dos supuestos básicos que nos van a permitir saber quiénes son los compradores en el mercado son los siguientes:

1. En Tenochtitlan no había tierra cultivable, y la población obtenía el sustento mediante un trabajo.
2. El producto de su trabajo, objeto manufacturado o salario era intercambiado en el mercado por alimentos y materias primas.

Tenochtitlan fue un centro de atracción de emigrantes, ilusionados por la facilidad para encontrar trabajo (Calnek, 1976: 290). El carácter de los emigrantes varió: para Katz (1975: 32) eran fundamentalmente mercaderes, artesanos y esclavos, y para Brumfiel (1980: 474) eran especialistas religiosos, políticos y económicos, estos últimos productores de bienes dirigidos al mercado.

A tenor de los supuestos que hemos enunciado, dividiremos el análisis de los compradores en dos partes: la primera se ocupará de los testimonios que tenemos sobre compras en el mercado, y el segundo versará sobre los oficios no directamente productivos existentes en Tenochtitlan.

1) TESTIMONIOS DE COMPRAS

Aparecen preferentemente en capítulos de las crónicas no dedicados a la descripción del mercado. En ellos quedan reflejados qué productos se venden y quiénes los compran.

Consideramos de vital importancia estos datos, tanto directa como indirectamente, pues son ellos los que nos permiten inferir que había gente que se veía en la necesidad de adquirir sus suministros básicos en el mercado, y por lo tanto son la base del estudio realizado en el apartado 2.

Acudimos, en primer lugar, a un pasaje que ya ha sido analizado varias veces: el texto de Sahagún, en el que se describe cómo los comerciantes que iban a partir de viaje iban a ver al tlatoani, Ahuitzotl, el cual les daba 1.600 mantas, con las cuales iban al mercado de Tlatelolco.

«Y con aquellas mantas luego se compra: mantas para príncipes, hechas de pluma, y mantas con pintura de águilas, y con cenefas y orlas de pluma y pañetes propios de príncipes, con puntas largas y camisas y faldellines de mujer bordados.» (Sahagún, libro IX, cap. II, 1975: 492-493; Garibay, 1961: 43).

Una vez que habían comprado los bienes con los que comerciarían por cuenta del Tlatoani, compraban ellos, los comerciantes:

«muchas otras alhajas y atavíos para su propio trato y rescate, así atavíos de hombres como de mujeres, así para principales como para comunes» (Sahagún, 1975: 493).

De este modo, los Informantes de Sahagún nos proporcionan unos clientes importantes de los mercados: los comerciantes de larga distancia, que se abastecían en sus lugares de origen. Esto concuerda con Chapman (1976: 174), quien dice que los pochteca compraban esclavos para exportar en los mercados, aunque nunca los vendían en la Cuenca de México.

Otro sector profesional que realizaba compras en los mercados era el de los amanteca o trabajadores de la pluma.

Carrasco (1978: 35) afirma que los amanteca que trabajaban por su cuenta podían recibir las plumas de los clientes. A su vez, éstos debían obtenerlas en alguna parte, y si procedieran siempre del tributo, no se podría explicar su presencia entre los bienes puestos a la venta en el mercado.

Sahagún nos proporciona una gran cantidad de información en el libro que dedicó a los comerciantes. En él se registra cómo éstos compraban en el mercado productos destinados al comercio y productos de consumo inmediato. Testimonio de lo primero son las palabras que un comerciante pronunciaba en las celebraciones que efectuaba antes de su partida:

«ya tengo compradas las cosas con que tengo que rescatar por los pueblos por donde fuere; tengo compradas muchas navajas de piedra, y muchos casacabeles, y muchas agujas y grana, y piedra lumbré» (Sahagún, libro IX, cap. III, 1975: 494-495).

La prolijidad de Fray Bernardino nos ofrece un testimonio inapreciable cuando enumera los productos con que el comerciante que daba la fiesta iba a obsequiar a sus invitados. Estos productos eran obtenidos por compra (el texto nahuatl emplea los verbos *couia*, *tlapatia*, *nextia*. Garibay, 1961: 124, 140; ver Simeón, 1977, y Molina, 1944).

Entre los productos se encuentran alimentos, como los guajolotes, perros, tomates, frijoles, chiles e incluso tamales ya hechos; hay también agua, cacao de varias clases y vainilla; tabaco; leña y cañas combustibles, y otros elementos como canastas, escudillas, cazoletas y las paletas para remover el cacao, que recibían el nombre de *molinilli*. (Sahagún, libro IX, cap. VII, 1975: 503; cap. X: 508; cap. XIII: 511; Garibay, 1961: 90-91, 124-125, 140-141.)

Otros compradores, que no son comerciantes, acuden también al mercado cuando preparan sus fiestas. Sahagún nos describe cómo en la fiesta de Etzalcualiztli, en los preparativos que se realizaban durante los cuatro días en que se guardaba ayuno, los «sacristanejos»

disponían los ornamentos de los sacerdotes y de ellos mismos, entre los cuales se encontraba un zurrón para llevar incienso, que recibía el nombre de *yiataztli*:

«Este zurrón de papel comprábase en el *tianquez*; también compraban unos *sartales* de palo, los cuales se vendían también en el *tianquez*» (Sahagún, libro II, cap. XXV, 1975: 117).

Pero no es sólo Sahagún quien nos ofrece datos sobre la compra en el mercado. Durán, quien no se ocupó directamente de él, nos refiere un caso de utilización de los productos de una tierra para realizar compras:

«También dieron a sus barrios [tierras] para el culto de sus dioses, a cada barrio su suerte, para que lo que de allí se cogiese, se emplease en cosas y ornatos del culto de aquel dios que en aquel barrio o colación se celebraba. Y lo que más se compraba era papel, hule, copal, almagre, y colores de azul y de amarillo, con que pintaban las capas y mitras o tiaras que ponían a sus ídolos, y en esto se expendía lo que de aquellas suertes de tierra se cogía» (Durán, 1967, II: 83).

Hemos reservado para el final un dato que nos permite enlazar con el apartado segundo. Corresponde a la plática hecha por las viejas parientas del novio a la novia, después de la ceremonia:

«Veis aquí cinco mantas que os da vuestro marido para que con ellas tratéis en el mercado y con ellas compréis el chilli y la sal, y las teas y la leña con que habéis de guisar la comida» (Sahagún, libro VI, cap. XXIII, 1975: 366).

Calnek (1978: 110) añade a la lista víveres y otros requisitos domésticos, para lo que se basa en el Códice Florentino (Anderson y Dibble, 1950-1969, libro VI: 132).

El hecho de que el marido le dé a la esposa un bien empleado como medio de cambio (Zorita, 1909: 117; Sahagún, libro IX, cap. II, 1975: 492-493; cap. X: 507) para realizar compras de artículos de primera necesidad, en una descripción de las ceremonias de casamiento, nos lleva a suponer que era una pauta extendida. Por ello tendremos que referirnos a los oficios que existían en Tenochtitlan para encontrar personas en las que se dieran las circunstancias descritas: necesidad de compra de bienes de primera necesidad.

2. OFICIOS NO DIRECTAMENTE PRODUCTIVOS EN TENOCHTITLAN

Las fuentes mencionan un gran número de oficios no directamente productivos en Tenochtitlan. Pensamos que estos profesionales eran,

en su mayor parte, los compradores de alimentos en el mercado. Por ello, Sahagún (libro VIII, cap. XIX, 1975: 475) pudo afirmar que el señor cuidaba del tianguiz «por amor a la clase popular».

Entre ellos encontramos un numeroso grupo de especialistas en el comercio. Únicamente los *pochteca* de más alto rango, poseedores de tierras, no tendrían necesidad de acudir al mercado en busca de alimentos. Este grupo incluye a los regatones y vendedores del mercado y a los artesanos que trabajaban en él. Hay que incluir también a los alguaciles que andaban por el tianguiz, y a los jueces encargados de supervisar el buen orden en el mercado. No debemos olvidar a los encargados del transporte por el agua («canoeros»), ni a los aguadores (para los oficios relacionados con el tianguiz, véase Rojas, 1981, capítulos II y III), ni, por supuesto, los cargadores y ganapanes.

La identificación de los *tlameme* con los ganapanes que se citan en las crónicas y documentos del siglo XVI viene dada por Zorita (1963: 87). Estos ganapanes ofrecían su trabajo en el mercado, y son mencionados por Torquemada (1969, II: 558) y Zuazo (1971: 361). Para tratar de aclarar qué entendían estos autores por «ganapán», hemos acudido a una fuente contemporánea suya: el diccionario de Alonso de Molina, cuyo original es de 1571 (Molina, 1944. Los términos son recogidos por Castillo, 1972: 112). Molina traduce por *ganapán* los siguientes vocablos nahuatl:

tetlatlaailia: ocuparse reiteradamente en hacer algo manual para alguien. Simeón (1977) da: «trabaja para los demás, es un cargador».

momamamanamacani: el que vende (*namaca*) sus manos (*maitl*) para cargar (*mama*). *Mo-* es un prefijo verbal, y *-ni* un sufijo agente. Cargador, jornalero, el que vive de sus manos.

momamaitoa: ofrecerse (*itoa*) a cargar (*mama*) o bien, alquilar las manos (*maitoa*, *maitl*). Alquilarse, empeñarse con alguien.

motetlaquehualtia: alquilarse (*tlaquehua*) a alguien. Simeón (1977) registra el agente, y lo traduce por «jornalero ajustado, contratado, cargador, peón».

De la información de los diccionarios se desprende que no eran sólo cargadores los que ofrecían su fuerza de trabajo en el mercado. El primer término puede referirse a otros trabajadores manuales como los artesanos. Sobre este tema tenemos un testimonio de Hernán Cortés:

«Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas, trabajadores y maestros

de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales» (1970: 66. Citado textualmente por Zorita, 1963: 91).

Este podía ser el procedimiento seguido por los inmigrantes en espera de un trabajo fijo, bien con un señor, en la administración, o integrándose en un gremio.

La afluencia de inmigrantes debió ser grande, ya que Tenochtitlan no pudo haber alcanzado su desarrollo sólo con el crecimiento natural de la población. Calnek ha puesto ya de manifiesto la existencia de inmigrantes: artesanos, sobre todo lapidarios, de Xochimilco; pochtecas, de la Costa del Golfo; pintores de manuscritos (tlacuiloque), probablemente descendientes de los tlailotlaca, grupo mixteco (Calnek, 1976: 289).

Muñoz Camargo (1892: 115) nos refiere cómo ante catástrofes naturales o guerras, gente del campo emigró a la ciudad. El caso de los huexotzinca es recogido por Barlow (1948).

Estos inmigrantes, una vez establecidos, e identificados o no con el resto de la población, pudo desempeñar cualquier oficio. Ixtlilxochitl señala la existencia de más de treinta oficios diferentes (Castillo, 1972: 90), y Bernal Díaz (1975: 189) menciona canteros, albañiles y carpinteros. Por su parte, Zorita (1963: 61) dice que:

«Tenían y usaban muchos oficiales mecánicos, y con gran orden y concierto.»

Una vez más, Sahagún nos ofrece la mayor cantidad de información. Dedicó el libro X de la *Historia General* a describir los aspectos buenos y malos de los diferentes miembros de la sociedad mexicana, y entre ellos aparecen los siguientes oficios:

oficial mecánico	oficial de pluma
platero	herrero
lapidario	carpintero
cantero	albañil
pintor	cantor
sabio	médico
brujos y hechiceros	astrólogo
nigromántico	procurador
solicitador (de negocios)	sastre
hiladores	tejedores
labradores	hortelanos
olleros	mercaderes

Como se aprecia en la lista, Fray Bernardino equiparó los agricultores y mercaderes con otros oficios, considerándolos profesiones diferentes.

Los padres imponían el trabajo a los hijos, y éstos, en general, seguían el oficio del padre, aunque, según su habilidad o inclinación, podían seguir otro (Zorita, 1963: 65). Respecto a este punto, encontramos en el *Códice Mendocino*:

«Los oficios de carpintero y lapidario y pintor y platero y guarnecedor de plumas, según que están figurados e intitulados, significan que los tales maestros enseñaban los oficios a sus hijos, luego desde muchachos, para que siendo hombres se aplicasen por sus oficios y ocupasen el tiempo en cosas de virtud» (*Códice Mendocino*, 1979: 190-191, folios 69v, y 70r).

A cambio de su trabajo, estos oficiales debían recibir una remuneración que, como ya hemos visto, difícilmente podía consistir en tierras. Pensamos que se realizaba por medio de mercancías, y, sobre todo, de artículos reconocidos como medios de cambio, los cuales podían ser empleados para satisfacer las necesidades primarias. En el caso de que el contratante fuera una persona pudiente o una institución, la remuneración podía consistir en el alojamiento y la manutención.

Antes de pasar a lo que hemos denominado «oficios burocráticos», tenemos dos ejemplos más.

El primero lo constituyen los cantores, cuyos servicios eran requeridos en ocasiones particulares. Había unos «cantores de los que morían en la guerra», que se dedicaban exclusivamente a ese menester (Durán, 1967, II: 287), y Sahagún (libro IX, cap. X, 1975: 507) cuenta cómo el tratante que compraba y vendía esclavos *alquilaba* los cantores para que cantasen y tañesen el teponaztli, mientras los esclavos danzaban en la plaza donde eran vendidos.

El segundo lo constituyen las mujeres públicas, mencionadas por Sahagún (1975: 127, 562), que identificamos con las «mancebas» de Motolinía (1967: 268).

La burocracia del estado azteca era muy compleja. Sobre su organización nos habla Zorita (1963: 55), y nos la describe Durán (1967, II: 313):

«... había centuriones y quincuagenarios y cuadragenarios y era que uno tenía cargo de veinte casas; otro de cuarenta; otros de cincuenta; otros de ciento. Y así tenían repartida toda la ciudad y todos los barrios. Porque el que tenía cien casas a cargo escogía y constituía otros cinco o seis de los que tenía por súbditos, y repartía entre ellos aquellas cien casas, para que aquellos, a las

veinte casas o quince que les cabían, las guiase y mandase y acudiese con sus tributos y hombres de servicio a las cosas públicas, y así eran los oficiales de las repúblicas tantos y tan innumerables, que no tenían cuenta.»

El aparato judicial nos es bien conocido, y sabemos que los jueces principales recibían tierras mientras estaban en el cargo, pero, además de ellos, había otros muchos empleados:

«Puso (Motecuhzoma Ilhuicamina) diversos consistorios que eran como audiencias de oidores y alcaldes de corte; asimismo, otros subordinados como corregidores, alcaldes mayores, tenientes, alguaciles mayores e inferiores (...) en su casa y corte, oficiales que le servían de mayordomos, maestresalas, porteros, coperos, pajes y lacayos, los cuales eran sin número y en todo su reino sus factores, tesoreros y oficiales de Hacienda» (*Códice Ramirez*, 1979: 83).

Relacionados con los jueces, Zorita (1963: 55) cita los alguaciles mayores, así como emplazadores y mensajeros, y destaca la presencia de escribanos o pintores (ídem: 54) que registraban las personas que pleiteaban, sobre qué lo hacían, los testigos y las sentencias. Sahagún (libro X, cap. VIII, 1975: 555) describe la actividad de los procuradores, que actúan en favor de uno de los bandos, llevando salario por ello.

El *Códice Mendocino* (1979: 190-191, folios 69 v-70 r) registra la existencia de un mayordomo encargado de las obras públicas y de un tecuhtli encargado de reparar las calles y puentes, el cual contaba con un mandón que actuaba como alguacil (ídem: 179, folio 64).

Muy interesante es el testimonio de Cervantes de Salazar, quien habla de la ciudad en los siguientes términos:

«... no había día en que, por lo menos, en cada calle no anduviesen mill hombres barriéndola y regándola, poniendo de noche por sus trechos grandes braseros de fuego, y en el entretanto que unos dormían velaban otros, de manera que siempre había quien de noche y de día tuviese cuenta con la ciudad y con lo que en ella subcedía» (Cervantes de Salazar, 1971, I: 349).

De hecho, tuvieron que existir servicios destinados a mantener la infraestructura de la ciudad, en los que debe incluirse tanto la limpieza como el mantenimiento de los canales, acequias y calzadas, de los albarradones, los templos, los acueductos, en los que debemos destacar los individuos que suministraban el agua a las canoas (Cortés, 1970: 65-66), y servicios sanitarios, como sería el encargado de retirar las canoas de yenda de hombre (Bernal Díaz, 1975: 191).

Dada la gran capacidad organizativa de que hicieron gala los aztecas, en especial en la recaudación del tributo, no es posible pensar que descuidaran el mantenimiento y apariencia de su ciudad, que tanto asombró a los españoles.

Debemos considerar que numerosos datos no han aparecido aún, pero que tales servicios, u otros similares, existían.

Estas inferencias se refuerzan cuando encontramos datos aislados sobre personas especializadas en tareas tales como calentar los temazcales y llevar a cabo los ritos necesarios para que los baños aprovecharan a quienes los tomaran, a cambio de lo cual recibían:

«cierta cantidad de mazorcas o cacao o de algunas semillas» (Durán, 1967, I: 176).

CONCLUSIONES

El papel del mercado como mecanismo fundamental en el abastecimiento de alimentos en Tenochtitlan ha sido expuesto ya en varias ocasiones (Brumfiel, 1980; Parsons, 1976; Smith, 1979; Calnek, 1978).

El análisis de la función del mercado, del que hemos expuesto una pequeña parte, no puede dissociarse del estudio del conjunto de la sociedad mexicana. De esta forma, hemos visto cómo podemos explicar quiénes son los compradores a través de un análisis de las ocupaciones de la población de la capital de la Triple Alianza, pero el estudio no acaba ahí.

Es necesario dilucidar la extensión del uso de los medios de cambio para facilitar las actividades comerciales diarias, y para ello, las fuentes deben ser examinadas desde nuevos puntos de vista. Entre éstos destacamos la búsqueda de contratos y salarios en la ciudad azteca y la distribución profesional de la población urbana, como claves para entender la posición de la capital política y administrativa del vasto «imperio» azteca.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, Arthur J. O., y DIBBLE, Charles E.:
1950-69 *Florentine Codex. General History of the things of New Spain, Fray Bernardino de Sahagún*. 12 vols., Santa Fe. Nuevo México.
- BARLOW, Robert H.:
1948 El derrumbe de Huexotzinco. *Cuadernos Americanos*, VII: 147-160.
- BERDAN, Frances Frei:
1978 Tres formas de intercambio en la economía azteca. *Economía Política e Ideología en le México Prehispánico*. Carrasco y Broda eds., pp. 77-95. Ed. Nueva Imagen, México.

- BRUMFIEL, Elizabeth M.:
 1980 Specialization, Market Exchange, and the Aztec State: A view from Huexotla. *Current Anthropology*. Vol. 21: 459-478.
- CALNEK, Edward E.:
 1972 Settlement Pattern and Chinampa Agriculture at Tenochtitlan. *American Antiquity*, XXXVII, 104-115.
 1974 Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlan. *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, 11-59, Sep/Setentas, México.
 1975 Organización de los sistemas de abastecimiento urbano de alimentos: el caso de Tenochtitlan. *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la Historia*. Jorge E. Hardoy y R. P. Schaedel, eds., 41-60. Ediciones SIAP, Buenos Aires.
 1976 The internal Structure of Tenochtitlan. *The Valley of Mexico*. E. R. Wolf, editor, 287-302. School of American Research, Albuquerque, New Mexico.
 1978 El sistema de mercado en Tenochtitlan. *Economía Política e Ideología en el México Prehispánico*. Carrasco y Broda, eds., 97-114. Ed. Nueva Imagen, México.
- CARRASCO, Pedro:
 1978 La economía del México Prehispánico. *Economía Política e Ideología en el México Prehispánico*. Carrasco y Broda, eds., 15-76. Ed. Nueva Imagen, México.
- CASTILLO FARRERAS, Víctor M.:
 1972 *Estructura Económica de la Sociedad Mexica según las Fuentes Documentales*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco:
 1971 *Crónica de la Nueva España*. 2 vols., Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- CLAVIJERO, Francisco Javier:
 1976 *Historia Antigua de México*. Ed. Porrúa, México.
- CÓDICE FLORENTINO (ver Anderson y Dibble):
- CÓDICE MENDOCINO:
 1979 ... Ed. J. I. Echegaray. San Angel ediciones. México.
- CÓDICE RAMÍREZ:
 1979 ... *Relación del Origen de los Indios que habitan esta Nueva España, según sus Historias. Facsímil de la edición de M. Orozco y Berra*. Ed. Innovación, S. A., México.
- CONQUISTADOR ANÓNIMO:
 1971 Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan, México. En J. García Icazbalceta: *Colección de Documentos para la Historia de México*. Vol. I: 368-398. Ed. Porrúa. México.
- CORTÉS, Hernán:
 1970 *Cartas de Relación de la Conquista de México*. Ed. Porrúa. México.
- CHAPMAN, Anne M.:
 1976 Puertos de comercio en las civilizaciones azteca y maya. *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*. Polanyi et Alia, eds., 163-200. Ed. Lábora, Barcelona.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal:
 1975 *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Col. Austral, núm. 1274. Espasa-Calpe. Madrid.
- DURÁN, Fray Diego:
 1967 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. 2 vols. Ed. Porrúa. México.

GARIBAY, Angel M.:

- 1961 *Vida Económica de Tenochtitlan. I. Pochtecayotl*. Informantes de Sahagún, 3. UNAM. México.

HERNÁNDEZ, Francisco:

- 1946 *Antigüedades de la Nueva España*. Ed. Pedro Robredo. México.

HICKS, Frederic:

- 1974 Dependent Labor in Prehispanic México. *Estudios de Cultura Nahuatl*. Núm. XI: 243-266.
1976 Mayeque y Calpuleque en el sistema de clases del México Antiguo. *Estratificación Social en Mesoamérica Prehispánica*. Carrasco y Broda, eds. 67-77. Sep/INAH. México.

MOLINA, Alonso de:

- 1944 *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid.

MOLINS FABREGA, N.:

- 1954-55 El Códice Mendocino y la Economía de Tenochtitlan. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. XIV: 303-336.

MOTOLINIA, Fray Toribio de Benavente:

- 1967 *Memoriales*. Ed. facsimilar. México.

MUÑOZ CAMARGO, Diego:

- 1892 *Historia de Tlaxcala*. Ed. de Alfredo Chavero. México.

PALERM, Angel:

- 1972 *Agricultura y Sociedad en Mesoamérica*. Sep/Setentas. México.

PARSONS, Jeffrey R.:

- 1976 The Role of Chinampa Agriculture in the food supply of Aztec Tenochtitlan. *Cultural Change and Continuity: essays in honor of James B. Griffin*. Ch. Cleland, ed.: 223-257. Academic Press, New York.

ROJAS, José Luis de:

- 1981 *El mercado en la ciudad prehispánica de México*. Memoria de Licenciatura. Universidad Complutense de Madrid.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de:

- 1975 *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Ed. Porrúa. México.

SIMEÓN, Remi:

- 1977 *Diccionario de la Lengua Nahuatl o Mexicana*. Siglo XXI. México.

SMITH, Michael E.:

- 1979 The Aztec marketing system and settlement pattern in the Valley of Mexico: a Central Place Analysis. *American Antiquity*. XLIV: 110-125.

TORQUEMADA, Fray Juan de:

- 1969 *Monarquía Indiana*. 3 vols. Porrúa. México.

ZORITA, Alonso de:

- 1909 *Historia de la Nueva España*. Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América. IX. Madrid.
1963 *Los Señores de la Nueva España*. Biblioteca del Estudiante Universitario. UNAM. México.

ZUAZO, Alonso de:

- 1971 Carta de 14-XI-1521 al padre Fray Luis de Figueroa, Prior de La Mejorada». En J. García Icazbalceta: *Colección de Documentos para la Historia de México*. Vol. I: 358-367. Ed. Porrúa. México.